

EXPLORACION



MARIANO AZUELA.

CUALQUIERA que haya observado la venta en una librería comprobará el desdén del cliente por las novelas de autores mexicanos. Las explicaciones abundan, pero lo cierto es que el libro extranjero, por lo general, sin mayor publicidad y sin mejor presentación tipográfica, es preferido al nacional. Este hecho exige del crítico una interpretación que no se dispare de los límites de su materia para ser descargada en factores de otras especialidades, pues, aunque es muy cierto que el problema no es únicamente literario, lo es primordialmente y aclararlo requiere una más cuidadosa dedicación. Es seguro que si nuestra novela no tiene demanda es porque no satisface el gusto literario.

El lector común trata de interesarse en lo que sucede en las novelas, desentendido de su preocupación cotidiana. Si algún conocimiento adquiere por la lectura es una ganancia inesperada; lo que verdaderamente le importa es lo que *pasa* a los personajes, bien por lo insólito, que es lo frecuente, o bien por el significado que el autor, o él mismo, adjudica a los acontecimientos. Negamos que esto sea una *evasión*, como se dice, porque el interés que, por ejemplo, suscita Bruno Traven, bien o mal, desmiente la afirmativa. Aun aquéllos que no quieren evadirse y se ostentan campeones de la literatura mexicana, no leen la producción de nuestros autores; se dirá que prefieren aumentar la producción para acompañarlos en su soledad y, desgraciadamente, no cuentan las excepciones.

Nuestra novela, parece ser así, *no distrae a los lectores*, quizás porque *no cuenta cosas interesantes*, ni *desentraña un sentido*, ni *provoca la necesidad de ponerlo*; esto es al menos, el despacho del lector corriente, a quien aquí dejaremos en paz.

El juicio literario implica siempre una comparación: se decide por el cotejo de unas obras con otras, o, lo que es más importante, por la confrontación de lo producido con la idea elegida modelo del género. Nuestra novela se rezaga cuando la comparamos con la europea, y declaramos que es inferior, que no cumple con las exigencias de nuestro gusto y, ni tardos ni perezosos, reclamamos al autor su incompetencia. Esta injusticia, sólo revela nuestra desfachatez incomprensiva, pues si con ánimo dispuesto nos impusiéramos el esfuerzo de entender, el panorama se ordenaría de otra manera.

(Advertimos al lector que, por la rapidez del artículo, forzaremos y escalonaremos la exposición de algunos problemas, para entrar inmediatamente en su comentario; pero no deba entenderse esta mecánica como paso eslabonado de un tema a otro, ya que su trabada materia, su masa, su significación, se da en conjunto y sólo así es comprensible. Nada entenderíamos si atribuyésemos un efecto a la necesidad de las causas; se trata más bien, de hacer evidentes, en sus gruesos aspectos, los fines de nuestros novelistas.)

Desde *El Periquillo* domina a nuestros novelistas la preocupación de una nación respetable y próspera. La Independencia probaba nuestra aptitud para romper con los privilegios, sometimientos y oscuridades de la vida española. Precisaba, únicamente, señalar el lastre del inconveniente que frustraba el querido ascenso, donde rigieran las virtudes innatas. Con el cambio de sistemas y procedimientos adquiriríamos la comunidad entrevista por los libertadores. El liberalismo alentaba los mejores propósitos y cada cual hacía gala de sus observaciones y mérito de una intrínseca cualidad. Desaparecida la Inquisición, se lograría la fraternidad anhelada por la libre comunicación de aspiraciones; borradas las desigualdades sociales, las desavenencias tendrían justo juez y digna sentencia, adoptadas las prescripciones de la ciencia se obtendría mejor gobierno y luces suficientes en la administración de nuestro dominio. Inclán, trazó una política de acción directa, sin aderezo de ideologías, que por las reconocidas sensatez, pericia y honestidad mexicanas allanarían el camino a la felicidad salvadora, puesto que, aunadas nuestra

acción y la lenta y progresiva evolución natural, los contratiempos serían remontados y pronto ocuparíamos el lugar correspondiente conforme al mito humboldtiano de nuestra riqueza. Los novelistas, sin tardanza, cayeron en la cuenta de que alguien atrancaba el atestado furgón: los reformistas, predicaba con sorna Roa Bárcena; los masones, repetía con terror Elizaga; los conservadores, gesticulaba Mateos con recargada cólera; la herencia, informaba Cuéllar con escéptica risa; Payno le hacía coro benévolo y conforme, mientras que Porfirio Parra aleccionaba con el impenitente Pacotillas. Fué Rabasa quien giró, definitivamente, los términos del discurso al descargar la culpa, nada más, en los hombros del mexicano, torpe en su inmoralidad, desbocado en la limitación de sus fines, iluso en su melancólica y corrosiva monotonía, harto en su burda idea de provecho, desesperado en su afán de disfrute, distraído en su nefasta habladuría. Pero todo esto era preferible al retorno de una *edad media* colonial, reforzada de inclemencias en las plumas de Pesado, de Galván, de los dos Sierra y de Riva Palacio. Altamirano, fiel a Inclán, prefería que el común acuerdo o la sana razón, las prendas del íncola, colmaran el pozo de las dificultades por el apego a la sola tarea de la Patria.

La moda ayudó a ver las cosas de otra manera apoyada en la paz del porfiriato. Delgado, Rojas, Gamboa, del Campo, Rodríguez Beltrán, González Peña, por la decoración de grandeza, recuperaron la calma y achacaron nuestros muchos males y nuestros escasos bienes a una condición humana rescatable por la desgracia. Conjuntamente, los modernistas esgrimieron las extravagancias con que Amado Nervo, Tablada, Campos, Rebolledo, Olaguibel, Ceballos, Jiménez, Ancona Albertos, Patrón, aumentaban las historias de la Neuropatía, mientras Zayas Enríquez y Esteva, sostenían los ecos de Navarro, de Gorostiza, de Arróniz, de Gallardo y de Florencio M. del Castillo: entre la pólvora una historia de amor.

La tregua duró lo que el boato de la dictadura. Quevedo y Zubieta, Manuel H. San Juan y Heriberto Frías, calentaron el horno abierto de la novela revolucionaria. Azuela, Martín Luis Guzmán y Agustín Yáñez, con visión diferente y ejemplar, junto con Muñoz, Magdaleno, López y Fuentes, Taracena, Torres, Rosa de Castaño, Guadalupe de Anda, Urquiza, Rubén Romero, Fernando Robles, Gómez Palacio, lograron para nuestra novela el ápice de su tipicidad. Sobresalen las puntas del ancla de Rabasa en el espíritu de estos autores que insisten, con diverso éxito, en la condenación de nuestros vicios, en la mostración de nuestras inveteradas faltas, en nuestra pertinaz vergüenza.

Resultado de la Revolución fué la polémica sobre el valor de nuestros orígenes y, consiguientemente, surgió la novela indigenista y la del colonialismo apuntó a otra dirección. Aquélla mostró los padecimientos del verdadero dueño de estos fundos y su constancia en el dolor por el criminal abandono, en la pluma de Ferretis, de Quesada, de Benavides, de Miguel N. Lira, de Mena Brito, de Ramón Rubín, de Rojas González, de Abreu Gómez, de Bonifaz Nuño. La segunda comprobaba la segura jerarquía de la justicia, la sabia mano de la costumbre, el seguro amparo de la religión en los tiempos de la Nueva España, con Valle Arizpe, Jiménez Rueda, Monterde, Horta, Zamora Plowes.

La ciudad y sus clases y los lentos ademanes de la provincia, también han sido escenario de historias sepultas en la incuria, en la sórdida desavenencia por las migajas del presupuesto municipal, de las parvas herencias, de los empujones en la carrera de la fama, de los esquinazos en las ventajosas sindicalistas, en el llamativo progreso y Magdalena Mondragón, Efrén Hernández, Attolini, Revueltas, Benítez, Salazar Mallén, Correa, Magaña Esquivel, Avilés, Tario, Jesús R. Guerrero, Ortiz Vidales, Arroyo, con muchos otros que la memoria se esmera en recordar, han coincidido en el amargo testimonio.



JORGE FERRETIS.

MIGUEL N. LIRA.



DE NOVELAS

Fausto VEGA

Las novelas, por el primordial conflicto que bate las peripecias de los autores, han sido seguidas independientemente de escuelas y tendencias; pero hay que amarrarlas con conceptos más ceñidos para que demos respuesta a la pregunta inicial. La insistencia en la suerte de nuestra comunidad acogotada y perdida en el ideal incumplido, parece dejar fuera la producción de *modernistas* y *contemporáneos*, que por su distracción en el ajedrez psicologista, están plantados como flora pulcra de invernadero. Su existencia también se explica por el lazo extendido en las otras novelas, si atendemos a que son un aspecto de la misma y total preocupación, el reclamo por la autonomía de la persona.

Es importante notar la ambigüedad con que se nos presentan las novelas, para decidir respecto de su posible inserción en lo que se ha dado en llamar *literatura comprometida* o de *compromiso*. Se entiende por ésta el interés del autor por describir el aquí y el ahora de una comunidad determinada, en su relación con fines concretos y actuales; o, con visión más radical, el mostrar las vicisitudes de la lucha de clases. Ni una ni otra cosa persigue la novela mexicana, aunque se encuentren en ella unas u otras condiciones o sea posible explicarla por cualquier punto de vista. Recalca, sí, la frustración del deseo por conseguir una nación poderosa y próspera, el rompimiento de valores que no están en ninguna parte y el destrozo de una moralidad difícilmente localizable, aun en el liberalismo. El repudio de una realidad insoportable no nos autoriza a que, sin más, atribuyamos calificaciones apresuradas, pues ni en las novelas concebidas desde el mirador de una práctica y de una teoría precisas, pese a sus intenciones, como las de Mancisidor, Zarquis, Ortiz Hernán, Carrancá o Turrent Rosas, es advertible el compromiso. Apuntan valientemente su protesta, igual que los otros, sin explicitarla en la conducta de los personajes. Nos presentan una maldad en bloque donde se estrellan las acometidas del *pueblo* o de los *pobres* que tratan de superarla; esta ineficacia es loada con el exceso del ejemplo y la perorata última que pone fin exhaustivo. Por otra parte, como está reconocido, la oposición a las condiciones que nos agobian conducen a la creencia en un compromiso, que a plena luz, sería imposible sostener, nada más, por la lectura de las novelas.

Contar como un pobre es pobre, o el incidente que patentiza la injusticia, el oprobio, la inseguridad, no pasa de ser un hecho que, en sí mismo, carece de importancia mientras no cobre la nítida significación que sin duda conlleva y que la simpatía con el hombre nos obliga a exponer y a negar. El que los novelistas empleen una prosa casi periodística en la que rápidamente informan de lo sucedido, en cuanto a las peripecias y el comentario consiguiente, no explica, según se ha intentado, el interés simple por los hechos relatados, bastaría el ejemplo de Claude Farrere, con exclusión intencionada de cita más sobresaliente, para traspapelar la inconsecuencia.

Por la *falta de compromiso con el lector*, con la *clase*, con la *situación*, resulta una novela *abstracta* en la que están cambiados los *caracteres* por tipos, como si substancialmente se fuera enamorado, ladrón, político, comerciante, funcionario o caudillo, y, accidentalmente, hombre. Estas abstracciones condicionan comportamientos y mundos también abstractos: el enamorado y la adversidad; el ladrón y el castigo; el político y la adulación; el comerciante y la ganancia; el funcionario y la intriga; el caudillo y la arbitrariedad. Semejantes ocultaciones del *individuo* imponen la escasez de combinaciones, la repetición cansona de temas y asuntos, el sostenido comentario de la exterioridad, la truculencia de lo sucedido, la persistente etopeya y, consiguientemente, *el empleo de la técnica horizontal expositiva de estampas inflexibles*. Se ha notado también el corto paginario de las novelas, lo cual no es de extrañarnos, puesto que la anécdota es una línea idealmente prolongada al infinito, su sentido

es la frecuencia del acontecimiento y basta la confrontación de uno solo de sus puntos. Igualmente se ha insistido en el aspecto caricaturesco de los personajes, pero otra vía nos llevará a su comprensión.

La comparación de la novela europea con la novela mexicana evidencia conflictos diferentes. Mientras la primera muestra *la adecuación o inadecuación del actor con los fines que se propone*, a partir de móviles absolutamente personales (en los que la flaqueza o los torcimientos de la voluntad son el eje de las ficciones de un mundo cuando mucho negativo o indiferente), la segunda finge un mundo pétreo y desfavorable, en el cual la virtud y la voluntad ceden sitio al hábil manejo de las cosas y de las ideas en la relación límite de *pueblo y gobierno*. La concepción *antipática* del mundo es la que el autor nos comunica y la que nos obliga a posponerlo, porque está sustituida la contemplación por el saber. En efecto, por el *desprendimiento* de los *enlaces activos* de la *realidad* logramos la actitud imaginativa que requiere la obra de arte que, aunque sustentada en lo real —economía, política, lucha de clases, etc.—, no solicita nuestra acción como una proclama, ni nuestra adhesión como un manifiesto, ni nuestra fuerza como un plan de combate. Lo que pide del espectador es que solidarice con el hombre, libre de cualquier exigencia deliberativa. Cuando los sentimientos que dirigen la creación son de repugnancia, como la lástima, la cólera o el rencor, la obra no concilia el interés del lector, que también, está negado, y que, si lee, lo hace convencido de que el ejemplo —que en cierto modo le ata— es, más que una ficción, una denuncia susceptible de ser confrontada con la copiosa lista de casos conocidos. De aquí lo grotesco de los personajes que no acaban de ser ficticios ni se resignan a ser reales, pues el trance de lo real a lo imaginativo no se cumple. El novelista sabe lo que ha pasado y cuál ha sido el camino recorrido por tipos esquemáticamente compuestos de características externas y en el elemento de la desconfianza consustancial a su mundo, y, lo cuenta, con la desilusión y la destemplanza de lo irremediable. En nuestro mundo priva la mentira, la impreparación, la lujuria y el crimen, nos repiten a cada paso los novelistas, sin advertir que sus ejemplos son superados por los que el lector conoce o ha vivido, y que todo pueden ser menos ficticios, porque su impenetrable realidad pesa más que cualquier asunto de novelas. No es suficiente cambiar los nombres de los personajes ni los lugares de la acción para que resulte una obra de arte, es preciso el desprendimiento de lo real, y que imaginativamente ocurran las peripecias del mundo, donde no exista la resistencia de lo vivido, su apremiante demanda de acción.

Tenemos que hacer la salvedad de Agustín Yáñez, quien tal vez decida nuevos rumbos en la novela, sin que por esto se entienda que ha superado los males de los otros autores. En *Al Filo del Agua*, intenta mostrar el salto a la revolución con móviles más elocuentes que los desprendidos de la exterioridad de los hechos, como la tiranía, el provecho ilícito o la miseria. El estallido fue provocado por la tensión insoportable de la trascendencia y el instinto, sujetos por el miedo y la superstición. Por este punto de vista, el autor, acerca a la interioridad las vicisitudes de la acción, pero como cada personaje es una forma del sentimiento, no llega a lo personal, y la rigidez, la exageración y la unilateralidad de las conductas flotan como escombros tradicionales.

Es cierto que lo asentado ocurre en las novelas, pero es necesario convenir en que, no obstante de las deformaciones, nuestro mundo está ahí, con sus vicios y sus virtudes y que los mismos sentimientos que inhiben la creación frenan la recreación. Un llamado, no por impreciso desoible, nos hacen a través de su obra nuestros novelistas, y que si rebasa lo literario es por la urgencia de acabar con las iniquidades que impiden la comunidad en que deseamos vivir.



MARTÍN LUIS GUZMÁN.



AGUSTÍN YÁÑEZ.

MAGDALENA MONDRAGÓN.

